

Capítulo IV: el Gualicho

Las sierras de Tandil, extendiéndose de norte a sur y del saliente hasta el poniente, parecían una sólida columna vertebral en la región al sudeste de lo que hoy es conocido como Provincia de Buenos Aires. Estaban cubiertas por un denso manto de neblina desde hacía una semana. Bancos de niebla se alternaban sin cesar en las noches y en los días.



Todo el vacío de la desolación. Soledad y lejanía, mezcladas con angustia y miedo. La niebla, no dejaba ver la palma de la mano si uno la extendía. Iba cubriéndolo todo por el campo y como una bailarina exótica, ataviada con siete blancas túnicas, con la cabeza coronada por una nivea diadema, danzaba entre las piedras enloqueciéndolas y enroscando sus cabellos entre los dedos de las manos, entre sus largas piernas y entre las ramas de los solitarios arbustos.

Densa y blanca, impenetrable al ojo y al oído, la confusión era total y provocaba náuseas el sentirse tan perdido. Ni una estrella mortecina llegaba a divisarse. El sol con gran esfuerzo clamaba por entrar, pero sus rayos refractados se repartían en miles de fragmentos, estallando en figuras mitológicas y monstruos sanguinarios.

En la falda de una sierra y mirando hacia el poniente, una cueva entre las rocas, que alguna vez fue habitada por los pumas, mostraba amenazante su garganta ennegrecida. Un viento frío soplaba constante sobre ella, silbando y ululando entre las piedras como un concierto tétrico de duendes maléficos y deidades en desgracia.

En lo profundo de esa cueva, yacía revolcada entre dolores y flemas pegajosas, una larga serpiente con su vientre hinchado. Era una víbora de cascabel a punto de alumbrar y no por huevo, como correspondería con su especie.

Tendida, se la veía robusta y extremadamente larga. Dos metros desde su cabeza a la punta de la cola y en ella, un sonajero corneo que se agitaba remedando las cadenas del infierno. Su color de fondo era el castaño como el de la nuez madura y en su espalda, trece rombos muy oscuros se alineaban uniformes, flanqueados por escamas blanquecinas.

En sus lados, unos triángulos oscuros con ribetes claros, enfrentaban por sus vértices a los dorsales rombos. En el cuello, dos líneas blancas a lo largo y en su cabeza, dos franjas marrones muy oscuras. El vientre, de un color crema immaculado.

Dos glándulas enormes de veneno, se comunicaban por el fino canal interior de sus colmillos cortados a bisel. De su potencia y eficacia, podían dar fiel testimonio trece indígenas y siete perros muertos en minutos luego de picados, por su rara habilidad de clavárselos precisos en las venas.

Había sido embarazada por una araña pollito que la sierpe había cazado y hecho prisionera. Esclava y sometida a sus caprichos, la peluda araña mil veces prefería haber muerto envenenada, antes que verse reducida al oprobio de tener que acariciar el cuerpo frío y escamoso. Pero el dominio mental que la víbora ejercía sobre ella, anulaba su esencia y voluntad, reduciéndola a la nada.

Un día en que la víbora no estaba, el arácnido se acercó a la entrada de la gruta para recordar sus viejas andanzas en el mundo. Había un cielo claro y despejado en el que revoloteaban ágiles y despreocupadas las Martinetas, las Copetudas y las Avutardas de cabeza gris y colorada.

Estaba absorto escuchando a la distancia los cantos monótonos y alegres de unas jóvenes calandrias, por lo que no prestó atención a la vibración del galopar primero y de los pasos de hombre, luego. Reacciono, cuando el chorro de orina se le estampo súbitamente, alcanzando a ver un indio que disponiendo de la inmensa pampa, fue a elegir justo el palmo de tierra donde ella tranquila se encontraba.

El indio estaba huyendo del cacique de su tribu, por haberle enamorado a la favorita dentro de las favoritas. Fue pescado *in fraganti* y debió escaparse sin tiempo para nada. La entrada de la gruta fue su primera parada, luego de dos horas de intenso galopar...

El semen y la orina adheridos a los pelos de la araña, se fueron absorbiendo y penetrando a su torrente, transformándola de raíz y para siempre. Cuando la serpiente regresó, la ahora belicosa araña se encaramó enardecida sobre ella y la violó, aunque al precio de resultar instantáneamente engullida por la ofendida víbora.

Y de esa infernal mezcla de ponzoñosa víbora violada, transmutada araña devorada y amor humano infiel y traicionero, deteniendo las leyes de la física y de la biología, saltando las barreras de la lógica y desafiando el orden cósmico, nació para infestar al mundo, nada más y nada menos que... el Gualicho.

Relámpagos y truenos, ciclones, terremotos y aludes por doquier en la región... fueron los negros heraldos que al mundo le anunciaron, que su paz se había ido para siempre. El espíritu maligno se había hecho carne entre los hombres...

Gualicho creció educado entre las víboras, tornándose un experto en el manejo de la astucia, la mentira y el engaño. Mamó la crueldad y las muertes sin sentido. Amplificó sus capacidades para saberlo y controlarlo todo. Se aplicó a conocer los sentimientos más profundos y las debilidades mayores de los hombres, para poder dañar, perjudicar y hacer sufrir con más dolor... y se graduó con honores en las catacumbas de las penas. Malo, realmente malo... y de lo peor entre los peores.



Su envidia hacia los hombres buenos, enardecía su sangre y no paraba hasta verlos fracasar, tanto en sus humildes casas como en sus labores cotidianas.

Una lechuza bizca, alimentada con excrementos de pájaros y un murciélago asesino, que sobrevivió comiéndose a la madre y sus hermanos, fueron sus más eximios profesores. Mandaron a Chonchón, el rey de los seres alados, un brujo que separó su cabeza del cuerpo y se dejó crecer las orejas para poder volar, a anunciar que Gualicho cumplía siete años. Exigieron a los magos hechiceros de las tribus aborígenes de la Patagonia toda, que postrados, rostro en tierra, le adorasen como a un Dios y le pagasen el tributo eterno.

Los brujos indios cayeron en la trampa y creyeron que sería mejor apaciguar al levantisco espíritu del Gualicho, con ofrendas. Y el sumiso rito sigue vigente en nuestros días, ya que al cruzar y recorrer sus dominios en la Patagonia árida, le siguen pagando aquel tributo obligado en sus altares.

- *¿Cómo escaparemos a la terrible mirada penetrante del gualicho, superior a la aguda vista del águila o del cóndor? ¿Cómo pasaremos de largo descuidados, por los sagrados sitios donde él merodea espiándonos, sin desatar su odio y su ira?-* dijo uno.
- *No hay que provocarlo. Los caminos del Gualicho deberemos transitarlos en silencio y con respeto, convocando a su poderoso espíritu para que nos sea propicio y no buscando jamás él eludirlo, porque ese descuido podría ser fatal.*
– dijo otro.

Y postrándose ante el inefable espíritu maligno, sintiéndose asfixiados por quien sabe que miedos ancestrales y dándole diferentes nombres, según sus propias lenguas, le alabaron por horas, sometiéndose al astuto espíritu del mal. De nada valieron los gritos de una gaviota blanca que Soychu, el Alto Dios protector, les mandó para alertarlos:

- *Mandinga nunca regala nada. Mandinga miente. Si se equivoca el indio, el hombre blanco será el dueño de las mejores tierras y aguadas que nacen de las entrañas serranas...*

Su mensaje y sus graznidos se perdieron en la nada estéril, arrastrados por el viento frío. Nadie quería escucharla y eso agregaba terquedad a la barbarie espiritual de los chamánes.

- *Alabado sea el Gualichú* - exclamaron los Quechuas.
- *Larga vida a Huecú* - dijeron los Mapuches.
- *Prosperidad, prosperidad a Halpén* – proclamaban los Onas.
- *Que Ieblon nos sea propicio* - imploraban los indios del sur.
- *Respeto y sumisión a Hálekasem* - rezaban los tehuelches.

Triste pacto con Gualicho el que firmaron con su sangre los mandamases espirituales del momento, por las consecuencias que debieron soportar primero el indio, luego el gaucho y ahora, aquellos que quedamos habitando en estos suelos...

Si al Gualicho o Wualichú no se lo conoce con detalles, suele pensarse que la malignidad que exhibe, varía entre la saña destructora y la inocente travesura. Muchos creen que el humor siniestro que le dejan sus males realizados, o el aburrimiento en que transcurre su existencia si a nadie en ese día perjudico o le hizo daño, es la causa del mayor o menor daño que realiza.

Pero lo cierto es que ninguno de los daños que él realiza son menores. Si transformado en remolino apaga los fogones, es para poner nervioso a alguno, buscando que termine trenzándose con otro. O busca enloquecer haciendo que se rompan las cosas, justo al otro día de vencer la garantía; o induce a guardar prolijamente la herramienta que al minuto, se volverá a necesitar; o hace cambiar de carril en una congestionada ruta, porque el otro va más rápido... y al terminar de pasarse, este otro se entelece hasta pararse; o hace ganar todas las manos del chinchón o de la escoba de quince, justo el día en que menos ganas de jugar teníamos...

Con su helado aliento matará a los pájaros refugiados entre los arbustos, y aullará por las mesetas desoladas, asustando a los gurises huérfanos... ¿Habrà alguien en las Pampas que lo pueda detener?...

Y hace cosas más graves todavía. El Gualicho roba niños desde siempre. No es posible describir el dolor de la madre cuando le fue robado un hijo. Ni la muerte misma se compara con ese sufrimiento. Pierde una parte de su ser y la incertidumbre, es peor que la tortura.

Nadie roba a un niño para hacerle un bien. Eso lo conocían bien las madres indias y muchas de las actuales madres, que de un día para otro se encontraron sin su hijo.

Antes el Gualicho lo hacia para someterlo o venderlo como esclavo y hoy, lo hace para traficar sus órganos, venderlo a una pareja estéril o prostituírlo en un comercio infame.

Los guerreros indígenas sabían que sus flechas contra él eran inútiles. Tan inútiles como hoy en día lo es la insensibilidad y el atraso de las leyes, para protegernos del execrable tráfico de niños.

Antes el Gualicho se disfrazaba de malón o de india vaga, que un día se alzaba para siempre con el pibe. Hoy se disfraza de mujer que inspirando confianza, estudia al niño y a la madre para sacárselo en el momento justo, mientras otros la esperan con documentos falsos para cambiarle su origen, sus raíces y su identidad.

Sus enojos demenciales y sus iras sin control, han sembrado por doquier la muerte y la locura, dejando eternas marcas a lo largo y a lo ancho de la inhóspita tierra patagónica. Son las *PIEDRAS DEL GUALICHO* las que testimonian silenciosas, el maleficio de la transformación engualichada del hombre en inmutable roca, en una agonía eterna que bloquea no solo su pensar, su vivir, su caminar... sino hasta su derecho básico a morir.

En los bordes del río *Collón Curá* de la provincia de Neuquén, alternan sectores limpios de pedregullo con otros de vegetación muy densa, predominando los perezosos sauces. Sus aguas rebosan de truchas Arco Iris y Marrones. Y entre esos paisajes celestiales, condenado a eterna penitencia, un indio que quiso recorrer los caminos ocultándose tramposamente del Gualicho, se encuentra convertido en roca con forma de cabeza humana. Es la piedra del *Collón Curá*, verdadera máscara de piedra o piedra pintada o espantajo triste de la piedra como la llamaban los antiguos aborígenes, que se vuelve invisible cuando quiere.

En la zona del lago Pulmarí, cerca del Mirador Piedra Pintada, entre manzanos silvestres y perdidos arbustos, se encuentra eternizado un cristiano que era enano y que gustaba burlarse del Gualicho, imitándolo para que la gente riese. La *Piedra Pintada* es lo único que queda del burlón enano, el cual solo media un metro de estatura. Como la misma piedra.

La sagrada *Piedra Azul de Calfucurá*, que sigue venerando la gran tribu de Namuncurá, era un *Pichi - Pillán*, una piedra con forma de persona que el cacique Calfucurá encontró siendo adolescente y que le señaló el camino del poder entre los suyos y que le dio el nombre para siempre (Calfu: Azul; Curá: piedra). Era el castigo infligido a un niño bueno que el Gualicho quiso asfixiar hasta dejarlo azul y como no moría, al estado de piedra lo paso. Pero nunca pudo impedir que como piedra, siguiese irradiando su tremenda energía positiva.

El cacique Calfucurá fue llamado el Soberano de las Pampas pues reinó cuarenta años con coraje, sabiduría y astucia. La piedra azul le dio las fuerzas para guerrear, incluso cuando cumplió ochenta años, en primera línea, al frente de tres mil quinientos indios y, aunque derrotado en la Batalla de San Carlos de Bolívar, sin sufrir el menor daño. Solía tener visiones y sueños gracias a la roca, cuyo significado interpretaba en beneficio de su tribu.

La *Piedra Saltona de cajón Chico* en la Cordillera del Viento, después de muchos siglos y durante un frío y nevado invierno se elevó sola, a unos cincuenta metros, hasta depositar sus veinte toneladas en la cima de la sierra, quedando asegurada por una muy pequeña roca que todavía la calza. Encierra a una india maldecida por Gualicho, que todas las tardes subía a lo más alto de los cerros, para ver si el hijo que un día le robaron, por algún lado regresaba.

La *Piedra Pesada* es del tamaño mediano, pero imposible resulta poder alzarla entre varios, aunque sean capaces de levantar otras más grandes. Desaparece misteriosamente... o se torna invisible, burlándose de los viajeros. Gualicho, nunca quiso que los indios se estacionaran en sus zonas y los asustaba, pegando alaridos fantasmales por las noches. Hubo uno muy porfiado, que nunca se amilano ni quiso irse. Fue maldecido y convertido en roca, aunque igual siguió y sigue luchando por quedarse.

En la ancha y larga Patagonia es conocido que muchas de sus piedras son viajeras y caminan, desplazándose por trechos cortos o alejándose hacia el horizonte. No importa que se crea o se descrea del fenómeno. Siempre hay que estar atento a no pisar el rastro que dejó la piedra... porque puede uno marchitarse y en polvo transformarse, como bien lo saben aquellos que fueron testigos del castigo sin piedad que descargó enojado el Gualicho, a padres, hijos o amigos, por atreverse a pisar la huella tan prohibida. Para apaciguar al maligno cuando hace mover piedras, un solo recurso al indio le queda y es ofrendar el precioso alimento del aceite, la sal o las hierbas...

Gualichú, el espíritu malvado del demonio, se complacía enfermando a las tribus, que desaparecían por epidemias terribles. A él le atribuían los indios todos sus males y desgracias.

Para ahuyentarlo, el indio montaba armado a caballo y arremetía contra el invisible espíritu, lanzando gritos de guerra y realizando furibundos ataques, hasta sentirlo vencido. Otras veces lo hacía en grupos, en verdaderas batallas contra el walichu, para alejarlo de sus aldeas y campos, evitando epidemias y mala suerte.

Muchos indios viejos afirmaban que el Gualicho en realidad es *mujer diablo* y por eso, perseguía a las mujeres y les robaba sus niños, moviéndose por los celos y las envidias milenarias.

Tiene fama de artista y a él se atribuyen las míticas pinturas de las cuevas, las manos fantásticas y los extraños laberintos, las huellas de pisadas humanas y no humanas, los estilizados animales, las siluetas de cazadores y las guardas. ¿Por qué y para qué las pintó? El misterio aguarda ser revelado...

- *Todo árbol seco y solitario está maldito y por tanto, es del gualicho* – enseñaron los chamanes en sus tribus.

Y los indios que transitan los caminos en silencioso respeto, al *árbol del gualicho* le ofrendan trapos y bolsas con pequeñas piedras, rasgando de sus vestidos, de las mantas de sus monturas o directamente, del poncho.

El árbol marchito florece en un follaje fantástico, flameando siempre a los vientos. El humano, sumando agujeros a su ropa pero tranquilo por dentro, sigue hacia su destino creyéndolo de su lado, al mismísimo Gualicho.

El gualicho, con todos fue muy malvado y el huinca blanco, no se salvó. El miedo que se le tiene y tuvo, convive con el paisano de campo, con el habitante de pueblo y con aquel de la gran ciudad.

Para tratar de calmarlo, nunca se canta de noche, nunca se usa el sombrero dentro de casa, se le teme a los aires malos, se respeta al canto sagrado y se esquivo al humo del molle...

Y en las ciudades se usan todo tipo de amuletos, cintas rojas contra el mal de ojo o la envidia traicionera; ruda macho con alfiler y sal gruesa en un frasco transparente, frenan cualquier maldición; ajo macho para no tener pesadillas; se encienden velas y velas, se compran hierbas para infusiones mágicas e infalibles lociones que todo lo pueden... potenciándolas con rezos y palabras muy secretas.

Engualechar significa en lengua aborigen "el mal alrededor de la gente". Es brujería invocando al Walichu, el genio de todo mal, mediante ciertos brebajes que buscan enamorar a otra persona, despertando sus deseos, produciéndole mal físico y doblegando su voluntad a gusto.

Algunos anillos con piedras protegen del "gualicho" femenino, evitando caer conquistado por las malas artes femeninas. Y las viejas aconsejan nunca dejar de cantar en las fiestas, porque las niñas diablitas que no descansan, pueden engualechar.

Para atraer humedecen con vinagre un algodón y con él, escriben el nombre del deseado en papel blanco. Encienden velas rojas y derraman cinco gotas de cera sobre el papel. Después lo guardan en su bombacha, hasta que la persona se arrime.

Otras ponen a hervir una cucharada de grasa, una de aceite de ruda y siete gotas del perfume que usan siempre. Una vez enfriado, se ponen una gota en el corazón y otra en cada muñeca, todas las noches por tres semanas.

Algunas queman sobre un carbón encendido, una cucharadita de ámbar, una de muérdago seco, pétalos de una rosa y papel blanco con el nombre de la persona deseada.

Y las peores, arrancan algunos pelos de sus pubis, los cortan en pedacitos y cuando ofrecen al hombre una bebida o comida, disimuladamente los dejan caer en el vaso o en el plato, para que distraído el hombre se los trague muy contento. En el Martín Fierro, la Biblia criolla, se cuenta como ellos quedan: "Es zonzoso el cristiano macho cuando el amor lo domina".

Y para que seguir contando las maldades del Gualicho. Contarlas a todas... es como contar la historia misma de la Argentina.

Y ya era viernes, tres de agosto del año 2007. *Faltaban solo 21 días para la temida fecha del 24 de agosto.* ¿Se podría hacer algo en tan poco tiempo?

Don Triangulo buscó al Gualicho a lo largo y a lo ancho del país, de La Quiaca hasta Ushuaia y desde el mar a la cordillera, a sol y sombra sin parar ni descansar. Y siempre, en todas partes que fueron, le decían exactamente lo mismo:

- *Reciencito paso por aquí haciendo una maldad. Esta muy activo el Gualicho últimamente, demasiado...*

Por fin, lo encontró en la Ruta 3 en la mitad del tramo que une Sierra Grande con Arroyo Verde. El Gualicho estaba tirado debajo de un camión enorme con acoplado, estudiando su nuevo sistema de frenado.

- *Tiene el sistema de freno a través de un cable eléctrico, sustituyendo la conexión mecánica e hidráulica entre el pedal de freno y el freno de las ruedas. Son los nuevos frenos electrónicos. Pero, tirando del cablecito no más, lo dejo para frenar en el fondo del precipicio... – pensaba en voz alta el Gualicho, mientras salía de debajo del vehículo, muerto de risa a carcajadas y contento por estar *aggiornado* en nuevas tecnologías y seguir haciendo el mal.*
- *El que en silencio se ríe, de sus maldades se acuerda... – abrió el dialogo Don Triangulo.*
- *¿Que se le ofrece aparcero? – pregunto tranquilo el indigno.*
- *No me trate de aparcero, que eso significa amigo o compañero y para nada quiero serlo de usted – le respondió muy serio Don Triangulo – A partir de hoy y hasta el 24 de agosto, queda activo usted... o quedo yo. Es orden inmutable del Tata Dios y hay que cumplirla.*
- *¿Y como lo dirimimos, compadre? ¿Le parece bien en duelo criollo con cuchillo y poncho? - cuchillero y peleador, el maligno se relamía de contento - ¿Quiere el duelo a muerte o solamente a primera sangre?*

Un hermoso *Teru Teru* de color pardo en su dorso, las alas verde brillosas y algo rojizas en los hombros, garganta y pecho bien negros, blanco el vientre, banda negra por la cola, pico rojo de punta negra y los ojos en color sangre, se paro solemnemente entre los dos.

- *Teru Teru, el Eterno no permite que la sangre entre ustedes se derrame. Y manda que se resuelva... en una sola mano de Truco - y dicho esto, el ave voló muy lejos.*

La cita fue en Chivilcoy, donde ya empieza a ser campo. La pulpería del Zoilo, en las afueras del pago. Un negocio bien construido, con sus paredes de adobe y con el techo de paja, que le caía a dos aguas. Todo pintado de blanco, por afuera y por adentro. Unas rejas de hierro bien forjado, encarcelando al pulpero. Los faroles *Sol de Noche* penetrando apenas las tinieblas, luchando contra el *bichaje* que los abrazaba y pugnaba por reventarlos...

Varias mesas de quebracho esperando con sus sillas, todas forradas con cuero en la parte del asiento. Dos guitarras en el rincón esperando como hembras, a aquel que nació dotado de uñas de guitarrero. Un gato bien engordado, que ni se acuerda como era un ratón, relojea con un ojo a los que entran y salen.

Rebenques y boleadoras, huesos para la taba y moldes para hacer velas, botas de potro y espuelas, facones bien afilados, se ofrecen para la venta. Carne para consumo, cueros de vaca y zorro, plumas del avestruz, tabaco, papel para armar cigarros, yerba y el infaltable aguardiente, se apilan ordenaditos esperando sus destinos.

En el medio de la sala, un mazo de naipes mugrientos tirado sobre una mesa, sus cartas en penitencia como mirando hacia abajo. A su lado el *porotero*, un platito con porotos para anotar el puntaje.

El Gualicho llegó vestido de lujo, todo de color negro como el caballo árabe de cuello largo y altivo, que dejó atado al palenque. Lucía con mucho orgullo un chaleco bien abierto, prendido con dos botones de plata, dejando asomar los pliegues de una sedosa camisa; enfundado en una casaca corta, adornada con botones de metal y una muy lujosa rastra. Protegiéndose la nuca con un pañuelo serenero, coronaba su cabeza con un sombrero de copa bien alta.

Don Triangulo pidió al pulpero que trajera un mazo de cartas nuevo y se llevara al más viejo. El paisano mudo vestía unas rusticas botas de potro, calzoncillos bien cribados, camisa de mangas largas bien holgadas en los puños y chiripá sostenido por una faja bien gruesa, cubierta con cinto de cuero adornado con relucientes monedas, cerrado por adelante con una rastra muy linda. Un chaleco corto prendido con tres botones de plata; una chaqueta corralera corta y abierta que dejaba asomar el chaleco, parte de la camisa y la rastra. Un pañuelo anudado al cuello y otro para sujetar el cabello largo y sus trenzas, completaban el ropaje. Afuera se quedó atado un robusto caballo criollo, oscuro, de cabeza corta, ojos pequeños y puntiagudas orejas, que mil veces demostró su resistencia y largo aliento, como digno hijo de su tierra.

El truco venía al pelo para dirimir la cuestión, pues es juego donde el éxito siempre pasa por engañar al contrario, haciéndole creer que se tiene tal o cual juego. Todo es astucia, trampa y mentira, pero mentira reglamentada y legal. Nunca el Gualicho iba a poder decir, que se le jugo en desventaja o que no estaba en lo suyo.

- *¿Quién es mano y quién es pie?* – pregunto el Gualicho, fumándose tranquilo un cigarro negro.
- *Siempre comienza a jugar el que invitó a la partida y en este caso, fui yo. Soy mano y usted, pie. Baraje nomás* – le contesto Don Zoilo, arrimándole el mazo de cartas.

Gran destreza y manos brujas eran las del Gualicho. Las cartas iba mezclando y entraba a su mundo expresivo, cambiándole el ritmo, la intensidad, el significado, la influencia... y cada naipe se fue impregnando de él. Y con sus artes maléficas las fue colocando en orden, para que a él lo beneficiaran y a Don Triangulo, lo reventaran.

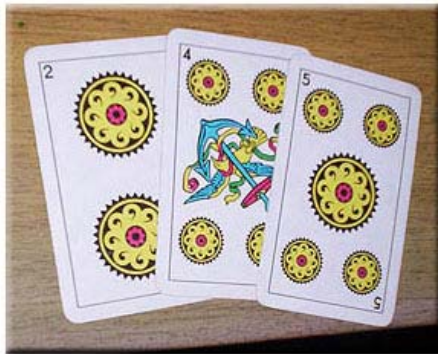
Corto las cuarenta cartas el buen paisano Don Triangulo, como marca el reglamento un solo corte efectuó. El otro unió los dos tocos y tiro para atrás las manos, en un movimiento raro que quedó dudando en el aire.

El buen paisano agarró las dos primeras y el alma se le fue al suelo. Un seis y un cinco de oro lo miraban asustados, como pollitos imberbes que los abandono la madre. Empezó a faltarle el aire como a serrano apunado, tragó saliva tan mal que casi tose el pulmón.

No quería imaginarse el papelón de perder, su miedo llegó a ser grande como barriga de vaca. Despacito y queriendo parar el tiempo, se animo por fin a darle vuelta a la tercera. Un as de oro radiante lo miraba como un huevo frito del domingo. Nada ligo para el truco y la partida, era a una sola mano. Sus ojos y su boca a nadie engañar podían y menos, al mismo Rey de los astutos.

Por la otra banda de la mesa, las cosas tan mal no pintaban. El siete y el tres de espada, muy seguros y a pata ancha, se codeaban custodiados por el mismísimo As de espada. Puntos para el envido y el truco, se caían de ese lado de la mesa. El Gualicho relajado pitaba echando volutas y más volutas de un humo blanco y espeso. Sonriente, lo miraba burlonamente a Don Paisano, mientras pensaba que haría con ese viejo cuando el mundo fuera suyo.

Don Triangulo empezó el juego y calladito, sin decir nada, tiro su cinco de oro. El otro envalentonado, reventando en su ambición, queriéndose sumar puntos, con la jardinera amagó:



- Alambre de siete hilos
poste de ñandubay
molino marca guanaco
linda flor del Paraguay

Se le abrieron los ojitos al pobre viejo cansado, y una vez mas en la tierra, la experiencia superó a la soberbia altanera.

- Barragán iba en el tren,
y en el brazo traía un cesto,
y al llegar a la estación,
le echó "contra flor" al resto.

Se pararon los dos hombres con las manos adelante, las cartas se dieron vuelta y aparecieron los tantos:

- *Tengo treinta y uno "la luz..."* – dijo muy fuerte el Gualicho, como para hacerse oír.

- *Tengo treinta y dos “el dinero...”* y yo gano – remató Don Triangulo mostrándole bien las cartas.

El Gualicho intento sacar de entre sus ropas el puñal. Don Triangulo lo cruzó, con sonoros rebencazos y en la cara le dejó, por primera vez en la historia, una cruz bien colorada.

Salio corriendo el Gualicho con el paisano detrás; larga fue la corrida pero sobretodo alta, pues cruzaron nube y montaña ante los sorprendidos cóndores. Y cuando ya parecía que el indigno no acataba para nada el resultado, sus boleadoras un indio al paisano le pasó.

Revolearon por el aire anudándolo al Gualicho y sus tres bolas quedaron, pegándolo al firmamento. Tan grande fue el despelote que un avestruz equivocado, se fue corriendo hacia el cielo y dejo la marca de su pata.

Si quiere usted comprobarlo, esta noche mire el cielo, vera bien las boleadoras convertidas en estrellas, y a todo el mundo llamarlas *las Tres Marías*. Y si alguna duda mantiene, dirija su vista al sur, si un poco de campo conoce, verá clarita la marca del avestruz: la llaman *la Cruz del Sur*.